

peranza: aceptad nuestros obsequios y oid nuestras súplicas. Salvad la nación que en Vos confía y entusiastamente os venera: prosperad y llenad de bendiciones á cuantos os invocamos con fervor, y sean estas bendiciones como prenda de la gloria, que á todos os deseo. Amen.

NUESTRA SEÑORA DE LAS NECESIDADES.

Maríæ, de qua natus est Jesus.
De María, de la que nació Jesús.
(S. MATHEO, I, 16).

Hoy celebra la Iglesia universal el nacimiento de María, de la que nació Jesús, y en este templo se dedican las más festivas demostraciones al nacimiento de María, que nos socorre en las necesidades. El título de Madre de Dios nos mueve á solemnizar con alegría este nacimiento, y el título de nuestra Señora de las Necesidades nos estimula de nuevo á solemnizarlo con agradecimiento. Tan poco fia Dios de nuestra rusticidad y torpeza, que sobre los motivos generosos que la razón y la Religión nos ofrecen, acrecienta el de nuestros intereses y propia utilidad.

Hoy, hermanos míos, nace nuestro refugio, nuestro amparo, nuestro consuelo; nace la que nos ha de valer en todas las necesidades. ¡Qué fervorosos cánticos de alabanzas deben resonar en nuestras iglesias, en expresion de nuestros amantes corazones y pechos agradecidos! ¡Qué acorde consonancia debe haber hoy entre el Cielo y la tierra, para celebrar los felicísimos años de la Madre de Dios! Pero si los ángeles tienen motivo de júbilo por ser María Madre de Jesús, nosotros tenemos tambien el motivo de ser María nuestra Madre y nuestro amparo.

El sábio Criador del mundo, siempre justo y amoroso, fué el que sembró toda la tierra de espinas despues que los hombres la sembraron de culpas: esta fué la primera pena del pecado. ¡Quién tal creyera! ¡Aquella paternal y amorosa mano, que todo lo disponía para nuestro bien; que sentía palparle en el pecho el corazón con el amor á sus hijos; aquel Padre tierno y afectuoso, que nos consideraba como delicioso objeto de su amistad y cariño, es el que de industria ha llovido sobre los hombres tal inundacion de trabajos, miserias y

aflicciones, que casi nos vemos zozobrar! Todo en este mundo, á excepcion del pecado, es obra de la sabiduría y amor del Todopoderoso, de aquel Bien sumo, que es la única causa del bien; y las aflicciones son para nosotros un bien muy grande. No se escandalice vuestro amor propio, porque espero consolaros, y este será hoy mi empeño.

Dios nos cerca de trabajos y necesidades, para que nazca en nuestros corazones la Virgen María: primera utilidad. Dios nos cerca de trabajos y necesidades, para que Jesús nazca de María en nuestros corazones: segunda utilidad. En otros términos; nuestras necesidades hacen que seamos devotos de la Virgen y amigos de Jesucristo. Así es, Virgen soberana: cuando entráis en nuestro corazon, siempre traéis á Jesús: disponed, pues, que hoy se verifique que Jesús nazca en nosotros de Vos, y que mudando felizmente nuestro estado, quedemos como Vos, Señora, llenos de gracia. A. M.

No sé qué tiene el corazon humano, que puede Dios moverlo é inclinarlo adonde quiera, sin estrechar, y aún sin tocar levemente en los fueros de su libertad. Dios poderoso, para no quitarle la joya que una vez le dió (hablo del libre albedrio), sabe tratarlo de modo, que al mismo tiempo lo tiene encerrado en su mano, y lo deja enteramente libre: lo mueve é inclina adonde quiere, y el corazon por sí mismo vá siempre libre, espontáneo y por su gusto; vá contento y con toda su voluntad. Esto acontece aún en aquellos corazones, que por su soberanía hacen blason de ser señores absolutos de su voluntad. Es misterio; pero tambien es verdad: es un alto secreto de la sabiduría y poder de Dios; mas es una cotidiana experiencia de la vida humana.

De dos medios suele servirse Dios para llevar nuestro corazon adonde quiere sin violentarlo; el uno son los trabajos y necesidades que padecemos; el otro la suavidad y dulzura de los gustos del Cielo, que, de cuando en cuando, nos comunica con anticipacion; y de ambos se sirve comunmente para nacer en nuestros corazones como desea. Unos son motivos que nos hieren, y acudimos á la Madre de Dios para que nos favorezca; otros nos atraen á la felicidad, y de la Madre de Dios pasamos á su Hijo, como verdadero origen de ella.

Dije, que este mundo estaba todo él sembrado de aflicciones y trabajos: ahora, corrigiendo la expresion, hallo que mejor diría, que estamos nadando en un mar de lágrimas, y cuasi sumergidos en un piélagos de amargura. Demos una vista al Oriente, volvamos luego á mirar al Occidente; recorramos de Norte á Sur; volvamos despues los

ojos á nosotros mismos ó á nuestros vecinos; ¿y qué hallaremos sinó aflicciones y miserias? Sean nobles ó plebeyos, poderosos ó desvalidos, estén en el trono ó en la cárcel, en la abundancia ó la penuria, en delicias ó enfermedades, en la honra ó el abatimiento, solos ó en compañía, á ninguno vereis sin afliccion y necesidad; y si alguno, ó fingiendo, ó engañado, os dijere que nada le aflige, compadecedle con dobles lágrimas, porque, además de otras miserias, tiene la de una fatal ceguera, por cuya causa las ignora.

En dos clases se reparten todos los que viven en el mundo; unos, que como Job, haciendo guerra á sus pasiones, aspiran á la virtud; otros, que sueltan la rienda á los apetitos, y, como Salomon, se entregan ciegamente á todo cuanto su corazon desea; pero éstos ¡qué trabajos y aflicciones no padecen por sostener aquel absoluto dominio de una voluntad que diga siempre con firmeza: *yo quiero!* En llegando á decir una vez con eficacia, nada detiene al alma; por entre espinas de disgustos y abrojos de dificultades se entra, penetra y atraviesa, y quiere absolutamente pasar, sea como fuere, para salir con su intento. Ya le cuesta sangre y muchas heridas; ya dolores y gemidos; mas siempre diciendo: *yo quise, yo quiero.* Como no ve lo que se esconde en esos abrojos, sigue su tema: la veis que se halla en un precipicio horrible, en que para subir, despues de increíbles dolores, toda rasgada y herida, se vé obligada á subir por entre asperezas y serpientes; y se queda en tal estado, que el gusto á que aspiraba, no vale la menor parte de los trabajos que ha tenido que pasar. ¡Ah, hermanos míos! ¿no vive así gimiendo la mayor parte del mundo? ¿No se lamentan todos, como el mismo Salomon, de que todo es vanidad y afliccion de espíritu, al ver los tristes efectos de sus desenfrenadas pasiones?

La otra parte del mundo que trabaja por superar sus apetitos y sujetarlos á la razon y á la ley, ¿no tiene tambien que atravesar para esto por muchas aflicciones y necesidades? *Cuando el alma se determina á servir á Dios,* dice el Espíritu santo, *es preciso prepararse para la tentacion* (1). Al instante sale á campaña todo el Infierno contra nosotros; á izquierda y á derecha nos cercan enemigos; de día y de noche nos asaltan sin permitirnos reposo; nos despiertan en lo interior mil pasiones, y nos las encienden con un fuego extraño: en lo interior procuran suscitarnos enemigos que nos inquieten y persigan; todas las criaturas les sirven de instrumento para hacernos cuanto

(1) ECCL., II, 1.

daño puedan. Bastan las leyes del mundo, el cual está en posesion de criticarlo todo y de todos modos á su salvo, acriminando el vicio y burlándose de la virtud; condenando en una parte á los malos, y en otra persiguiendo á los buenos. En vano será defenderos con la razon y el derecho, ó con la ley de Dios y de los príncipes: él siempre os ha de condenar: aún cuando fuereis la suma inocencia, nada le importa; él os ha de condenar. Os estará Dios aprobando vuestras obras; pero ¿qué se le dá al mundo de la aprobacion de Dios, si él os ha de condenar? Sin otros testimonios que los que él sabe levantar, sentenciará sin réplica, y aún será preciso callar, porque esto tambien viene en la sentencia del mundo.

No solo os afligirán vuestros enemigos, hasta los criados y parientes os atormentarán, y serán vuestros verdugos. Si entregais vuestro corazon tierno y dócil á los que os tratan, siendo ellos de contraria condicion, y muchos, cada uno lo tirará hácia sí, y os sentireis despedazar. Mas si por evitar este tormento, quereis vivir solos, y no consentís que vuestro corazon se pegue á nadie, á proporcion que os extrañais de los otros y manifestais aspereza, ellos tambien hacen lo mismo; y sucede á los corazones lo que á las piedras duras, que se hieren en el choque recíproco y se ofenden. Aunque tengais el juicio de Salomon, la experiencia de Matusalen y la paciencia de Job, no hay medio para que en el mundo no padezca vuestro corazon. Si absolutamente no queremos padecer aflicciones ni trabajos, es preciso pensar en salir del mundo, pues siendo este un valle de lágrimas, viviendo en él, habeis de tener que llorar sin remedio.

En esta triste situacion se oye una voz del Cielo que dice: *Venid á mí todos los que vivís oprimidos y atribulados, que yo os aliviaré* (1). Esta es la voz de la santísima Virgen, semejante á la de su Hijo: esta voz es un pregon, que hace venir de todas partes legiones innumerables de afligidos, á postrarse ante su altar, como recurso en sus necesidades. Yo creo que de cien mil corazones que vienen á postrarse ante las aras de la Virgen Madre, apénas habrá uno solo que no venga herido, ántes de humillarse obsequioso.

Ya veis declarados los secretos de la Providencia en la sábia y amorosa distribucion de los trabajos de la vida: en su amorosa Madre nos dá un asilo, amparo y proteccion tan segura, que todos vienen huyendo de las tribulaciones á arrojarse en sus amorosos brazos. Bien pudiera Dios forzarla a puerta del humano corazon, aún del más

(1) MATTH. XI, 28.

rebelde, y entrar en él, pues su brazo es omnipotente; pero no era este medio decente á su providencia, ni conducente á su amor. Por eso lo dispone de modo, que nuestro propio interés y el amor innato que nos tenemos nos obliguen á franquearle la entrada, dejando que entre primero la Madre de Dios; lo que es una grande disposicion para que despues entre su Hijo.

Y á la verdad; ¿quién es el que recurriendo con fé á la Virgen en sus aflicciones, no halla en Ella unas entrañas de madre? Á cada paso vereis una alma afligida, y derramando ante aquel altar su corazon lleno de hiel, de pena, y desecho en lágrimas de amargura; tal vez á horas excusadas la vereis en aquel pórtico, delante de las puertas que ocultan de noche la vista de su protectora en esa imágen; la vereis con las manos levantadas, los ojos fijos en su esperanza, ó cerrados y en contemplacion de su dolor. La vereis exhalando el corazon en suspiros de fuego, clamando por socorro á la Madre de Dios; mas no bien han salido las voces de los lábios, aún no se han pronunciado en la tierra, cuando ya han subido al Cielo; ya la hermosa Esther, llena de compasiva ternura, está postrada ante el trono del Rey intercediendo por nosotros. Sin saber cómo, siente el alma que empieza su corazon á respirar; que á distancia vá poco á poco apareciendo una luz, y que se disipan las tinieblas de su confusion: vuelve la paz á tomar posesion del alma, y la acompaña una seguridad de que Dios le dará el remedio; y por entre los caminos cerrados al humano socorro se advierte, aunque no se ve, un cierto remedio de todos nuestros males, ó una suavísima seguridad de que aquel trabajo es un grande y verdadero bien: entónces se alegra el alma, y se llena el corazon de fortaleza y de consuelo. Buen testigo es la experiencia de todos aquellos que con fé y amor han recurrido á la Virgen; estos sus devotos saben bien lo que yo digo.

Mas ¿por qué dudais, espíritus incrédulos, los que, si recurris á la Señora, siempre llegais sin fé, sin amor ni resignacion, y con un espiritu vil, interesado y perverso? ¿Á quién daría el Omnipotente corazon más tierno que á su Madre? ¿á quién daría alma más compasiva? ¿Á quién entrañas más amorosas? ¿Á quién debía hacer más hermosa, agradable y suave, más caritativa, amable y perfecta; por último, más capáz de encantar el corazon humano, que á su propia Madre? ¿Á quién, decidme, á quién? ¡Oh Dios mio, que no habeis de hacer jamás, ni habeis hecho cosa más perfecta que la beatísima Virgen, despues de la humanidad santísima de vuestro Hijo! La Virgen es el primor de vuestras obras; y si aún para el que vive ena-

morado del mundo, sería un atractivo capaz de separarle de él con sumo gusto, si bien la conociese, ¿qué será, Dios mio, qué será para aquel que, lleno de aflicciones y trabajos, se halla favorecido de vuestra Madre? Así, oyentes míos, hace Dios en nuestras necesidades, que la beatísima Virgen nazca en nuestro corazón.

Pero no concluyen aquí los bienes que Dios nos prepara por medio de los trabajos y necesidades de la vida: si la santísima Virgen nace en nuestros corazones, también en ellos, tarde ó temprano, Jesús nacerá de María, y el que sea devoto suyo llegará á ser amigo de Dios.

Discurriendo filosóficamente, se cree con dificultad, que estando nuestro corazón hecho para amar á Dios, pueda vivir sin amarle. Naturalmente se inclina al bien, y cuanto bien se puede apetecer se halla en Dios, y solo en Dios: con que viene á ser un misterio de iniquidad, que hallándose en Dios todo el bien, se incline nuestro corazón á éste, y no á Dios. Como el Señor le dejó la libertad, hace el corazón lo que quiere; y contra todo derecho, contra su naturaleza y contra la conveniencia propia, desprecia á Dios, prefiriendo á Él una vil criatura; y así blasona de ostentar su rebeldía contra el Omnipotente. Es cosa bien singular, que el Todopoderoso no quisiese sujetar nuestro corazón como esclavo, sinó que lo hizo dueño absoluto de su querer y señor de su albedrío, en algun modo, como lo es el mismo Dios; y la correspondencia ha sido emplear contra el mismo Dios la libertad recibida. ¡Pásmense los Cielos y la tierra!

La raíz de este secreto y el secreto de este misterio están, en que los bienes que confesamos en Dios son para lo futuro, y los que el mundo nos ofrece son de presente; y el hombre es tan vil, que, como Esaú, por un plato de lentejas que le dán ahora, vende el mayorazgo á que tenía derecho en lo futuro,

Atendiendo Dios á esta errada disposicion del corazón humano, le anticipa en el suave amor de María las futuras delicias que entrarán en su alma con el amor de Dios; delicias tales, que cuando el mundo mira la cruz de Cristo con horror, la busca el justo con ansia, la abraza con gusto y se llena de celestial alegría; delicias tales, que cuando ambos miran á la cruz como árbol, al pecador le parece Zarza llena de espinas y de fuego, y al justo el árbol del paraíso cargado de suavísimos frutos, y la mira como árbol de la vida, aunque parece patíbulo de la muerte; delicias tales, que el pecador, aunque ve á Cristo en la cruz, huye de Jesucristo, por verse libre de la cruz mas el justo corre ligero á la cruz, para unirse con Cristo.

¿Y qué es lo que hace esta notable diferencia? La gracia del Omnipotente, que, de ordinario, viene con la devocion de María. Sedme testigos todos los que habeis seguido algun tiempo la senda de la perdicion, y habeis entrado por último en la de la vida eterna; los que gozais del mundo celestial, despues de haber gozado tristes delicias en las cebollas de Egipto: sedme testigos, y decidme, si no fué la devocion á María la que os llevó al amor divino, y si no fué esta devocion el primer paso que disteis en el camino de Dios. En la mayor fuerza de vuestras iniquidades sucedía tal vez, que un solo día no podiais pasar sin ir á saludarla con reverentes obsequios; ó no podiais ver su imágen sin protestar con la rodilla en tierra vuestra devocion y amor. Tal vez el sábado, por dedicado á la Virgen, era el único día exento de vuestras mayores culpas; ó bien os sucedía, que si os pedian limosna en nombre de la Virgen, no podiais negarla; y por este medio os convirtió Dios al camino de la virtud y salvacion,

El Hijo de Dios y su felicísima Madre andan tan juntos, que habiendo entrado en vuestro corazón María, no podía tardar mucho en entrar también Jesús. Esta devocion suavísima os fué inspirando poco á poco horror á los vicios que más detesta la Virgen, y fué naciendo en vuestra alma una pia inclinacion á la virtud. La leche virginal con que la Señora sustenta á sus hijos, fué ablandando la dureza del corazón rebelde; el respeto á María ahuyentaba al demonio; las pasiones furiosas ya quedaron más sojuzgadas; y el corazón feroz empezó á sentir movimientos insólitos de ternura y deseos de agradar á su protectora. Y como el pecador no puede juntar en amoroso abrazo á la Virgen y los vicios, para no dejar con Aquella el encanto sagrado de su corazón, se resolvió á dejar la culpa y hacer divorcio perpétuo con el pecado.

A este tiempo ya las súplicas de la gloriosa Virgen habían inclinado al Dios de las misericordias; y derramando el Espíritu Santo su gracia en el corazón impío, se halló de repente éste atraído y arrebatado suavemente, sin saber cómo, por una interna fuerza: se halló contrito el pródigo, y en los brazos de su amoroso Padre: Dios se olvidó de todo lo pasado, le abrazó tiernamente, le dió el ósculo de paz, le convidó al banquete de la Eucaristía, y le hizo escritura solemne de la herencia de aquel reino que para sus hijos conquistó en la cruz. ¡Oh mudanza prodigiosa! ¡mudanza suave, libre, gustosa y voluntaria! ¡mudanza, obra de la devocion á María, y de su proteccion en nuestras aflicciones y necesidades!

¡Dichosos los trabajos de la vida, y felices las espinas que produ-

cen rosas tan suaves! Cercad, Dios mío, cercad, como dijisteis por Oséas (1), nuestros caminos de espinas: *Sepiam viam tuam spinis*; para que á cualquiera parte que pretendamos huir, nos lastimen y precisen á entrar en el camino recto que nos lleva á Vos, pues sois el objeto único en que se hallan sólidos consuelos. ¡Amorosos castigos los del Señor, con que nos doma como á un novillo bravo é indómito! Alabemos, hermanos míos, su admirable Providencia, contra la que estuvimos para murmurar al vernos cercados de tantos males: alabemos la misericordia con que nos aflige para nuestro bien.

Ya veis que en medio de las felicidades continuas vivíais tal vez sin ley, sin razon, sin Dios: vuestro Dios era el vientre, vuestra razon las pasiones, vuestra ley la voluntad desenfrenada, y la regla de vuestras acciones el apetito; pero, sobreviniendo las necesidades, se trocó la abundancia en miseria, la vanidad en abatimiento, los regalos en aflicciones, el regocijo en lágrimas. Entónces recurristeis á María; y esta comunicacion, que al principio fué interés, se cambió en amor; y este amor sagrado todo lo fué mudando con el tiempo. Se enterneció el corazon de Dios con los ruegos de la Virgen, y con su intercesion se ablandó tambien el vuestro; y á poco tiempo se halló en los brazos de Dios el que era su capital enemigo; y el que ántes, como aquel soldado furioso rompió con la lanza el costado de Jesucristo, ahora entra arrepentido por esa puerta de misericordia á lavarse en su amorosa sangre.

¡Qué alegre es, pues, este día, en que nace la que ha de cambiar nuestra suerte, la que ha de convertir nuestras necesidades en alegría espiritual, y el castigo de nuestros pecados en medios de nuestra eterna felicidad! Lloren enhorabuena los que viviendo afligidos, no recurren á la fuente de su consuelo; que nosotros debemos alegrarnos invocando á la beatísima Virgen en las necesidades: en esta Señora hallaremos socorro, amparo y santo amor recurriendo á sus altares, y tendremos en nuestro corazon á María y á Jesús. Así sea.

(1) OSEE, II, 6.

NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES.

*Descendit, et interfecit leonem
tempore nivis.*

Descendía y mató á un leon, en ocasion de una nevada.

(I, PAR. XI, 22).

En todos los confines de la tierra se encuentran templos erigidos para gloria de María. En Oriente aparecieron ya en los primeros siglos del Cristianismo, en el Occidente fueron anteriores al culto de los Apóstoles y de los Mártires. España venera á la Virgen como tutelar de sus principales iglesias; Francia le dedicó más de cuarenta catedrales; Alemania, Inglaterra, Polonia, Dinamarca, Suiza, Italia, están llenas de estos públicos monumentos, que la piedad y las riquezas de príncipes y pueblos consagraron á la augusta Madre de Dios. Dificilmente se encuentra ciudad, villa, aldea, en donde, ya en medio de una plaza, ya en las márgenes de un río, ya en la cumbre de una colina, ya en las playas del mar, no se encuentre alguno de estos signos de filial devocion.

Si bien es verdad, que no todos los templos erigidos en honra de María se distinguen por la riqueza de su arquitectura, por la suntuosidad de su construccion, todos son espléndidos por los maravillosos prodigios en ellos conseguidos, por la abundancia de las gracias en ellos concedidas. A éstos acuden con mayor frecuencia los fieles, en éstos se admira mayor copia de ex-votos y se experimenta mayor abundancia de beneficios. De ahí traen su origen tantos célebres santuarios, tenidos en grandísima veneracion, á los cuales recurrimos con viva confianza en demanda de proteccion contra las angustias de la presente peregrinacion, y en los que responden á las fervientes plegarias de los afligidos gracias innumerables por parte de María.

Uno de estos santuarios, uno de estos templos, quizás el más célebre de estos santuarios y el más rico de estos templos es aquel, del